

MEX. *-CHE*, *-I(N)CHE* ¿NAHUATLISMO?

0. Hace ya un buen número de años, nuestro hoy homenajeado Antonio Alatorre se refirió oralmente a la posibilidad de que la terminación —¿o sufijo?— *-i(n)che*, que aparece en el español de México en derivados adjetivos como *metiche* o *pedi(n)che*, tuviera origen nahua. La base etimológica de tal morfema sería el sufijo reverencial, o simplemente afectivo, *[-šin]*, escrito *-tzin* por los gramáticos-misioneros que estudiaron y codificaron la lengua de los aztecas ya en el siglo XVI, y así representado normalmente desde entonces¹.

Tal hipótesis —o hipotética posibilidad— dejó eco en mi memoria, de manera que unos cuantos años después la puse por escrito, de pasada, en una ponencia que fue leída en un congreso celebrado en México, cuyas actas no sé si llegarán algún día a publicarse². Presentaba allí la posibilidad del origen nahua de *-i(n)che* como “hipótesis muy delicada, que exigiría una investigación particular, cuidadosa y prudente”.

Dada la premura con que se ha organizado este homenaje al profesor Alatorre, no podré, lamentablemente, hacer tal investigación pormenorizada y cuidadosa, sino que habré de limitarme a presentar sólo algunas consideraciones relativas a la hipótesis

¹ Refiriéndose al fonema dentoalveolar africado sordo /ʃ/, FRAY ALONSO DE MOLINA dijo ya, en la segunda edición de su *Arte de la lengua mexicana y castellana* (Pedro Ocharte, México, 1576) que “se ha de escreuir con *t* y *z*, y no con *t* y *s*, ase de pronunciar *t* y *z*”. (Cf. mi artículo sobre “La influencia del sustrato en la fonética del español de México”, *RFE*, 50, 1967, 145-161, o en mi libro de *Estudios sobre el español de México*, UNAM, México, 1972, pp. 103-104).

² “Consideraciones sobre la influencia de las lenguas amerindias en el español de México”, I Coloquio Mauricio Swadesh, México, 5-10 octubre 1987.

en cuestión, las cuales deberían ser tenidas en cuenta —en mi opinión— cuando se emprendiera el análisis detenido del problema, para tratar de llegar a una solución acertada y firme, cosa que muy bien podría hacer el propio Antonio Alatorre, dueño feliz del abundante tiempo libre necesario para estos menesteres lexicográficos.

1. Comienzo, pues, la enumeración de factores, circunstancias, datos y opiniones que podrían contribuir a probar o rechazar la hipótesis.

Francisco J. Santamaría, en su admirable —aunque perfeccionable— *Diccionario de mejicanismos* (México, 1959), en la entrada correspondiente a *Aguanchi*, escribe: “adj. Vulgarismo familiar de Jalisco, por *aguado*” y, aparte de remitir a un artículo de Dávila Garibi en que se habla de esa voz, añade: “Adulteración del castellano, con la adición de una *desinencia caprichosa*” (el énfasis es mío).

José Ignacio Dávila Garibi, por su parte, en el ensayo aludido por Santamaría³, recoge en efecto el término *aguanchi* entre las palabras de origen español *con desinencia coca* (p. 294).

Nos hallamos, pues, ante dos interpretaciones diferentes de la terminación *-che*. Según la primera, esa terminación *-che* (o *-i(n)che?*) tiene origen indoamericano, ya sea que proceda del sufijo nahua *-tzin* [*šin*], ya se trate de una desinencia propia de la lengua coca. Según la segunda, dicha terminación sería una desinencia caprichosa independiente de todo morfema amerindio (cf. *infra*, nota 52).

2. Conviene —me parece— tomar en cuenta algunas otras voces usuales en México, así como en el español de otras regiones de América o aun en el castellano general, que pueden contribuir a aclarar —o a enturbiar— el problema.

2.1. Las palabras en que —si no me equivoco— pensaba Alatorre —y en las que pienso yo— como integrantes de un grupo compacto en que figura ese sufijo *-i(n)che* de posible origen nahua serían sólo media docena o poco más, de uso bastante generalizado en el español de México, a saber: *caguiche*, *habliche*, *lambiche*, *metiche*, *pedi(n)che* y, acaso, *malinche*⁴. A ellas, podrían

³ I. DÁVILA GARIBI, “Recopilación de datos acerca del idioma coca”, *Investigaciones Lingüísticas*, 3 (1935), 248-302.

⁴ Esta última, con las variantes *pidiche* y *pidinchi* o *pidinche*.

añadirse otra media docena que recoge Dávila Garibi en el trabajo antes citado: *barbinchi*, *cantalichi*, *güerinchí*, *jolinche*, *peguichi* y *trampichi*. Todas ellas tienen en común el hecho de ser mexicanismos —aunque algunas rebasen quizá las fronteras meridionales de México—, el de terminar en *-i(n)che*, el de tener valor despectivo —salvo *malinche*— y el de haber sido formadas a partir de un lexema hispánico, salvo —de nuevo— *malinche*. En efecto, *caguiche* ‘cagón’, es derivado de *cagar*⁵; *habliche* ‘hablador, chismoso’, procede de *hablar*; *lambiche* ‘adulador’, es derivado de *lamber*, como *lambiscón* ‘adulador, carantoñero’; *metiche* ‘entrometido’, de *meter(se)*; *pedi(n)che* ‘pedigüeño’, de *pedir*; *barbinchi* ‘lampiño’, de *barba*; *cantaliche* ‘cantador’⁶, de *cantar*; *güerinchí* ‘rubio’, de *güero*⁷; *jolinche* ‘rabón’, de *jolín*⁸; *peguichi* ‘arrimado o que siempre anda al lado de alguna persona’, esto es, pegado a ella, de *pegar(se)*; y *trampichi* ‘tramposo’, de *trampa*.

2.1.1. Entre todas las palabras hasta ahora enumeradas se distingue —como líneas antes apuntaba— una de naturaleza muy diferente por diversas razones: *Malinche*. Su raíz léxica, en efecto, no es de origen hispánico; la secuencia *-in-* no pertenece a la terminación o posible sufijo *-i(n)che*, sino que forma parte del lexema nominal; y, en cambio, la terminación *-che* sí que es indu-

⁵ *Caguiche*, siendo voz tan usual o más que alguna de sus congéneres, no figura en los diccionarios, sin duda por razones de buen gusto.

⁶ SANTAMARÍA lo recoge como vulgarismo propio de “Jalisco y lugares del interior, por *cantador*, con carácter enteramente despectivo”, y observa que Dávila Garibi “lo tiene por adulteración del término radical castizo con *terminación caprichosa de apariencia indígena*”. Esto último no es cierto; creo que Santamaría trata de llevar agua a su molino: DÁVILA GARIBI (p. 293) considera y dice claramente que se trata de “*hibridismos formados de un radical español y de la terminación diminutiva afectiva coca*”. (Las cursivas son mías).

⁷ “*Güerínche*. Despectivo de güero, en el país”, dice SANTAMARÍA, y remite al ensayo de Dávila Garibi citado.

⁸ DÁVILA GARIBI, p. 294, presenta a *jolinchi* ‘rabón’ como voz de origen desconocido en lo que a su radical o lexema corresponde, si bien la deriva acertadamente de *jolín* ‘cola’. SANTAMARÍA da información algo más amplia: “*Jolinche* o *jolinchi*. Vulgarmente, en el país, principalmente en Jalisco, rabón, de rabo corto o cortado, que en otras partes del país se dice jolino”. Y s. v. *jolino*, na, asienta: “En el suroeste, reculo, sin cola”. Por mi parte, no veo dificultad alguna en derivar la forma *jolín* de la hispánica *colín* (“Dícese del caballo que tiene poca cola”: *Dicc. Manual* de la RAE), por simple fricativización, /x/, de la velar sorda oclusiva /k/. MORÍNIGO añade una acepción más: “cuchillo de hoja muy gastada por el uso” (MARCOS A. MORÍNIGO, *Diccionario de americanismos*, Buenos Aires, 1966).

dablemente el resultado directo de la castellanización del sufijo nahua *-tzin*. En efecto, *Malinche* es la adaptación al español del nombre amerindio de doña Marina, la intérprete y amante de Hernán Cortés: *Malin-tzin*⁹. Pero la voz *malinche* ha experimentado una ampliación semántica y geográfica notable: Tomás Navarro la recoge en su *Cuestionario* (p. 79) como sinónimo de *niña*, aunque sin precisar en qué habla o hablas hispánicas se emplea así¹⁰; Morínigo, circunscribiéndola a México, dice que es la “niña muy adornada con cintas de colores que toma parte en las fiestas populares”; Santamaría explica que “en la danza que los indios conservan como tradición de los antiguos bailes mejicanos, [*Malinche*] es la única mujer y se le hacen ciertas reverencias y ceremonias”. En Centroamérica se da este nombre al tabachín. Se ha recogido, al menos, en Nicaragua y en Costa Rica. Y, finalmente, la terminación *-che* representa indudablemente —como decía— el resultado de la castellanización del sufijo nahua *-tzin*, de carácter no sólo reverencial (*Cuauhtemoc-tzin*), sino también afectivo¹¹. El Padre Molina lo explicaba ya pormenorizadamente:

... es de notar, que a los nombres propios, Substantivos y Adjectivos, que significan cosas animadas, o inanimadas se les añade algunas vezes *tzin*, o *tzintli*. Y esto acaece, para denotar buena criança, cortesía, o reuerencia. Exemplo *veuentzi[n]*, viejo honrado. Ytem para denotar afabilidad y mansedumbre. Exemplo, *ychpuchtzintli*, bendita donzella. Item para denotar compassión y piedad. Exem. *cocoxcatzintli*, enfermo al qual tenemos voluntad y nos compadecemos del¹².

Esencialmente lo mismo en los gramáticos modernos: “*-tzin-tli*

⁹ Explica CECILIO A. ROBELO, en su *Diccionario de aztequismos* (3ª ed., México, s.a., p. 144) por qué a Cortés le llamaron también *Malinche* los indígenas: “*Malintzin-e*: *Malintzin*, nombre de la india que sirvió de intérprete a Hernán Cortés; *e*, que tiene: ‘El que tiene a la Malintzin’. Nombre que daban los mexicanos y tlaxcaltecas a Hernán Cortés, porque, como intérprete, siempre andaba a su lado la *Malinche* o *Malintzin*”.

¹⁰ Cf. *Cuestionario lingüístico hispanoamericano*, Buenos Aires, 1945 (cf. § 274; “Formaciones en *-iche*, *-inche*, *-incho*”).

¹¹ Dice ROBELO (*Dicc. aztequismos*, p. 295, nota 1) que los gramáticos modernos del náhuatl prefieren llamarlo “estimativo”.

¹² FRAY ALONSO DE MOLINA, *op. cit.*, 1ª ed., 1571, p. 12rº y vº.

(sufijo): chico, gracioso, respetado’’¹³; “Sufijos reverenciales: Para los nombres en general es -tzin’’¹⁴.

Ante todo ello, parecería prudente separar —o, al menos, marginar dentro del mismo grupo— la voz *malinche* de las restantes, de base hispánica: *caguiche*, *habliche*, *pedi(n)che*, *jolinche*, *metiche*, etcétera.

2.2. A este primer grupo de palabras —de lexema español, terminados en -i(n)che y de significado generalmente despectivo— convendría añadir, para establecer alguna posible confrontación iluminadora, otro grupo de voces, terminadas también en -i(n)che, pero que difieren en diversos aspectos de las del primer grupo. Podrían ser palabras¹⁵ como *cubiche*, *pachiche*, *arrinche*, etc., que o no son de uso exclusiva o fundamentalmente mexicano, o no poseen sentido despectivo, o no presentan la terminación -i(n)che como sufijo, sino como parte constitutiva del lexema. Aproximémonos un poco a ellas:

Cubiche es designación despectiva del ‘cubano’, usual en las Antillas, según Malaret¹⁶ y Santamaría (quien remite al *Diccionario de voces cubanas* de Constantino Suárez, La Habana, 1921). La formación de este derivado es similar a la de los mexicanismos que estamos considerando, pero ajena o independiente de México. No lo es, en cambio, el gentilicio *culiche*, “apodo familiar que se da a los naturales de Culiacán”, la capital de Sinaloa, en especial por parte de los mazatlecos, según Ramos i Duarte¹⁷. *Arrinche* es denominación de ‘la querida’, según Tomás Navarro (*loc. cit.* en la nota 10) sin precisar área geográfica de empleo. *Bichiche* es, en Tabasco, el “colador que se hace de una jícama agujereada como cernedor”, según Santamaría. *Culimiche* es adjetivo usado en México por ‘mísero, de poco valor’, según Malaret¹⁸.

¹³ MAURICIO SWADESH y MADALENA SANCHO, *Los mil elementos del mexicano clásico*, UNAM, México, 1966, p. 71.

¹⁴ ÁNGEL MARÍA GARIBAY, *Llave del náhuatl*, 2ª ed., México, 1961, pp. 54-55.

¹⁵ Hago constar que mis listas de vocablos no son, ni pretenden ser de ninguna manera, exhaustivas; las utilizo sólo a manera de ejemplo o, más bien, como representantes de diversas *clases* de formaciones léxicas que pueden tener sólo en común la terminación -che (de que -chi es únicamente variante fonética), o -cho.

¹⁶ AUGUSTO MALARET, *Diccionario de americanismos*, 3ª ed., Emecé, Buenos Aires, 1946.

¹⁷ FÉLIX RAMOS I DUARTE, *Diccionario de mejicanismos*, México, 1895 (2ª ed., 1898).

¹⁸ Y SANTAMARÍA precisa: “En la región del Centro del país, cicatero,

Chiche, sea voz de origen nahua¹⁹ o de procedencia española²⁰ —o suma, en México, de ambas cosas— es la designación acaso más usual en el país de la ‘teta, mama’, carente de connotaciones peyorativas. *Pachiche* es mexicanismo de varios significados: “fruto o cosa pequeña que no ha crecido; lo que está seco y pequeño” (Malaret); “fruto pasado y arrugado... o cualquier cosa pequeña; por extensión, persona vieja y arrugada”²¹. Boyd-Bowman documenta *piniche* como una de las denominaciones del diablo, y *taniche* como sinónimo de ‘tenducha’ en el habla guanajuatense²².

2.2.1. Aún más alejadas del grupo de palabras terminadas en *-i(n)che* que han dado origen a estas páginas está una larga serie de voces, terminadas de igual manera, pero que pertenecen al español general o, al menos, al de otras amplias regiones hispanoamericanas, voces que difícilmente podrían considerarse mexicanismos y que presentan radicales de muy diverso origen, posean o no matiz despectivo. Muchas no necesitan —me parece— comentario alguno: *berrinche*, *bochinche*, *boliche*²³, *caliche*, *compinche*, *fifiriche*, *pinche*, *seviche* y *tiliche*, varias de las cuales sí arrastran connotaciones peyorativas (como *fifiriche*, *pinche* o *tiliche*)²⁴. Otras son de uso más restringido: *almatricha* ‘acequia, canalizo, canal’. *Bachiche* o *bachicha* ‘colilla de cigarro; residuos, asientos; cosa despreciable’²⁵. *Biche*, de diversos significados según las regiones y, tal vez, de diversa procedencia en algunas de ellas²⁶. Famoso se

mísero, miserable, tacaño”. Quien primeramente lo documentó fue RAMOS I DUARTE, p. 151.

¹⁹ Cf. ROBELO (p. 382: apócope de *chichihualli*, teta), SANTAMARÍA (Del mex. *chichi*, mamar. Molina), etcétera.

²⁰ Cf. JUAN COROMINAS, *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*, t. 2, Madrid, 1954, s.v. *chuch*.

²¹ SANTAMARÍA, como derivado “del verbo azt. *pachichina*, chupar”. Pero cf. *infra*, nota 25.

²² PETER BOYD-BOWMAN, *El habla de Guanajuato*, UNAM, México, 1960, § 71. — *Jurifiche* tenía yo anotada también como voz designadora del demonio, pero no puedo recordar de dónde tomé ese dato.

²³ Aunque ésta con muy diversos significados según los países hispanohablantes en que se usa.

²⁴ Esta última presenta también la forma con /n/: *tilinches* (ROBELO, p. 481); si no todos, varios de sus significados sí son de signo negativo: ‘andrajos, colgajos’ en Colombia y México (MALARET); ‘cobarde, apocado, torpe’ en Veracruz (SANTAMARÍA).

²⁵ De origen italiano, según MALARET, aunque ROBELO pretende derivarla del náh. *pachichi* ‘chupado’, de *pachichina* ‘chupar’ (p. 445).

²⁶ Con el significado de ‘en cierce, en leche, tierno’, MALARET la deriva

ha hecho ya el *cocoliche* hablado por ciertos grupos sociales del Río de la Plata, de escasa aceptación valorativa entre los buenos hablantes argentinos. *Coliche* es, en el español peninsular, fiesta informal²⁷. *Culichiche* tiene claro valor despectivo en Cuba, según Malaret: “quídám, mequetrefe”. Al menos en Centroamérica, *cumiche* es el ‘hijo menor o benjamín’. *Curiche*, voz acaso de origen araucano²⁸, designa en Chile a la “persona de color oscuro o negro”²⁹. *Currinche* es voz aún más polisémica, pero de claras connotaciones desvalorativas: ‘mujer de mal vivir, cuzca, pelanduzca’ en Yucatán (Santamaría); ‘principiante, gacetillero’, entre los periodistas españoles (*DRAE*); ‘presumido’ (según Tomás Navarro). *Miche* —y *micho*— es voz que se usa en varios países hispánicos con significados variados. *Palmiche* es un tipo de palma y su fruto (*DRAE*). Algunos de los significados de *piche* son claramente despectivos³⁰, y lo mismo sucede en el caso de *timbiriche*, especialmente en las hablas de Cuba y de Venezuela, donde equivale a ‘tenducho’ (Malaret), y en las del Sureste mexicano, donde también significa ‘tendejón o tiendecilla de mala muerte’ (Santamaría). En *-iche* termina también otra serie de palabras hispanoamericanas reunidas por Navarro Tomás, como *guariche* ‘campesino’, *huriche* ‘niño’, *pechiche* ‘melindre’, etcétera³¹.

2.3. Me parece, por otra parte, que la terminación —más que sufijo— que estamos asediando no tiene que ir precedida necesariamente de vocal tónica /i/. Son muchas también las forma-

del quechua *huishi* ‘ternero o cría de cuadrúpedo en general’; con el sentido de ‘rubio’, SANTAMARÍA le supone origen zapoteco: *bichi* ‘rubio amarillo’, si bien en Baja California —muy lejos de la zona zapoteca— significa ‘desprovisto de envoltura, pelaje o cáscara’, lo cual estaría más próximo al significado que posee en la lengua yaqui (siempre según SANTAMARÍA): “desnudo, en cueros. *Perro bichi* llaman en Sonora al de cuero pelado, sin pelos”. En Colombia “dícese de la fruta verde, y de las personas canijas y entecas”, según el *Dicc. Manual* de la Academia.

²⁷ Según el *Diccionario de la Real Academia Española* (*DRAE*), si bien, en nuestro tiempo, me parece voz inusitada.

²⁸ De *curí* ‘negro’ y *che* ‘gente’ (MALARET).

²⁹ O “muy morena”, además de “pantano, laguna”, según EMILIO MARTÍNEZ AMADOR (*Diccionario español-francés*, Sopena, Barcelona, 1962).

³⁰ Así, el de ‘descompuesto, agrio, corrompido’, propio de Colombia y Venezuela (MALARET), o el de ‘cicatero’, documentado en la América Central (*id.*), o el de ‘pesado, desabrido, cursi’ (SANTAMARÍA, con amplia información).

³¹ TOMÁS NAVARRO, *Cuestionario*, § 274. MORÍNIGO recoge *guaricho* como propia de Venezuela y *pechiches*, de Colombia.

ciones léxicas terminadas en *-che* (o *-chi*) con vocal tónica de timbre diverso; y muchas de ellas tienen claro valor despectivo, tanto en lexemas de origen hispánico cuanto en raíces indoamericanas. Enumero algunas de ellas: *Aguanchi*, ‘aguado’, usual en Jalisco (Santamaría), que debe emparentarse con el colombiano *aguanchinarse* y *aguanchinoso* (Malaret). *Colache* o *colachi*, voz tal vez de origen yaqui (Santamaría). *Cuatache* (Boyd-Bowman, § 71) y también *cuatacho*, derivados de *cuate* ‘amigo y mellizo’ (náh. cóatl: Molina), donde el sufijo *-che* me parece representar al nahua *-tzin* en su función afectiva (no despectiva). *Fantoche*, del español general, con claro valor peyorativo. *Huachache*, en el Perú, para designar un tipo de mosquito. *Huarache*, en México, como denominación de la sandalia tosca de cuero, que Dávila Garibi (p. 294) juzga voz de origen tarasco. *Joronche*, mexicanismo de formación similar a la de las palabras del grupo básico, sobre lexema español y con sentido peyorativo, por ‘jorobado’. La misma desvalorización, pero base diferente, tiene *macu(a)che*, mexicanismo de vario empleo en el país³². *Pelangoche*, a partir de *pelado*, por ‘pelantrín’ o también ‘petimetre, pobrecillo’ (Santamaría) y ‘persona de vil condición’ (Boyd-Bowman, § 71). *Picoche* o *picuche* ‘picado de viruelas’ (*id.*) o ‘medio chispo, calamocano’ (Santamaría). *Pituchi* ‘pito’, voz “de origen castellano con desinencia coca” (Dávila Garibi, art. cit., p. 294). *Poquianchi*, con base en *poco* (cf. “de a *poquianchi(s)*” por ‘poco a poco’³³). Tiene claro matiz despectivo el adjetivo *rascuache*, de diverso significado³⁴, así como el sustantivo *tacuche* ‘envoltorio de trapos, lío’ (Santamaría) o ‘ropa’ pero “generalmente despectivo” (Boyd-Bowman), lo cual resulta aún más patente en su uso adjetivo: “Despreciable, de ningún valor. Dícese de la persona de condición indígena” (Santamaría). Significados y connotaciones peyorativas semejantes

³² Bajo las formas *macuchi*, *bacuachi*, *pacuachi*, *machuche*, *macuachi* figura en ROBELO (p. 419) como ‘pobre’ (a partir del náh. *macehua* ‘sufrir, ser despreciable’); en SANTAMARÍA, como ‘mal hecho; bruto, tosco, feo; indio miserable’, y como ‘tabaco de mala calidad’; y en DÁVILA GARIBI como ‘despreciable’.

³³ Debe ser de formación reciente, ya que no figura en los diccionarios. Hace más de dos décadas se hicieron famosas unas hermanas de pelo en pecho que regenteaban un prostíbulo y habían hecho matar a un elevado número de pupilas, por lo que el pueblo, cuando fueron descubiertas, las llamó, irónicamente, *las poquianchis*.

³⁴ Además de ‘rastacueros’, es sinónimo de ‘miserable, ruin’ (SANTAMARÍA), de ‘cursi, ridículo’, en México, y de ‘pelado, sin dinero’ en Guatemala (MALARET).

tiene la voz, posiblemente de origen tarasco (Dávila Garibi, art. cit., p. 288), *tambache*³⁵. *Timboroché* es formación “despectiva” (Boyd-Bowman, § 71) a partir de ‘timbón, barrigón’, usada también en Centroamérica (Santamaría). El sufijo nah. *-che* (< *-tzin*) aparece en *tencuache* ‘leporino’, derivado de *tencua*, ‘labio comido’³⁶ con el sufijo nahua, carente de sentido peyorativo; muy por el contrario, podría tener valor reverencial³⁷. *Malacanchonche*, por último, es ‘un juego de niños’ (Boyd-Bowman), y *tachi*, cierto insecto (Robelo, p. 464).

2.4. Cabe distinguir, aún, otro grupo de palabras terminadas en *-inch* pero con vocal final *-o*, en vez de *-e* o de *-i*, próximas a las del primer grupo aquí reunido, no sólo por la forma de su terminación, sino también por su carácter claramente desvalorativo. Navarro Tomás registra tres, de base léxica hispánica, en su *Cuestionario hispanoamericano*, que no parecen ser conocidas en México³⁸: *patincho*, ‘patituerto’, *rabincho*, ‘rabicorto’ y *culincho*, ‘rabón’ (§ 274); esta última, en la forma *colincho* —más afín a su base léxica—, se conoce, al menos, en el español del Ecuador y de la Argentina³⁹.

2.5. No faltan en la lengua española voces terminadas en *-acho* (como *mamarracho*, *gabacho*, *borracho*, etc.), o en *-ucho* (como *pachucho*⁴⁰), de claro significado desvalorativo. En ellas, la coincidencia con las de los grupos anteriores se limita a la presencia del fonema *ch* /s/, cosa que debemos destacar ya.

³⁵ ‘Envoltorio flojo, lío... de ropa principalmente’, o ‘mujer gruesa excesivamente, de carnes fofas’, pero también ‘chanchullo, celada, acción baja, felonía’ (SANTAMARÍA).

³⁶ Del náh. *tentli* ‘labio’ y *cualo* ‘comer’, documentado ya en el *Vocabulario en lengua castellana y mexicana* de FRAY ALONSO DE MOLINA (México, 1571): “*Tenquapul*, mellado falto de labrio”.

³⁷ Posiblemente los aztecas “considerarían a las personas de labio leporino marcadas o distinguidas por los dioses. MOLINA, en efecto, define... la voz *tenitzania* así: «sacrificar y cortar los labios ante los ídolos». Y MAX L. WAGNER (*Lingua e dialetti dell’America spagnola*, Firenze, 1949, p. 75) recuerda la extraordinaria importancia que las deformaciones corporales revestían para los indoamericanos” (cf. mi ponencia “*Leporino*: sobre geografía lingüística de México”, en *Actas del III Congreso de la ALFAL*, San Juan, Puerto Rico, 1976, y en mi libro de *Investigaciones sobre dialectología mexicana*, 2ª ed., UNAM, México, 1990, esp. pp. 138-139).

³⁸ Al menos, no figuran en los diccionarios consultados.

³⁹ Cf. MALARET: “Ec. Reculo, rabón, colín. En Santiago (Arg.) se dice del equino que tiene la cola ladeada”.

⁴⁰ Verdadero sufijo éste, de valor despectivo, en nuestro idioma: *medicucho*, *cuartucho*, etcétera.

2.6. El sufijo nahua *-tzin* figura en no pocas palabras de origen amerindio que se han conservado —más o menos firmemente— en el español de México —o de algunas regiones de México—, castellanizando su terminación normalmente en *-che* o *-chi*⁴¹. En tales voces, el sufijo indígena no tiene por lo común función desvalorativa alguna, sino que se convierte en una terminación neutra (al menos para el oído o genio lingüístico castellano) o conserva algo de su valor reverencial o meliorativo etimológico. Así *cacahuánachi* o *cacahuatache* (pp. 184-185)⁴² y *cuatatachi* (p. 367) son nombres de unos árboles; *tlalcocolchi* (p. 270), *nanche* (p. 434), *pasanchi* (p. 447) y *tololonchi* (p. 486) son nombres de plantas, las dos últimas medicinales; *tlacuache* y *huistlacuachi* (p. 294), de dos animales: la zarigüeya y el puerco espín; *huehuenche* o *güegüenche* (pp. 294 y 410) es denominación cariñosa del viejo, del anciano⁴³; *tololoche* (p. 486) es el contrabajo, y *totatiché* (p. 487), la casa paterna; *toloache* (p. 486) es el nombre nahua del estramonio⁴⁴, y *teopiscachi* (p. 244), el que “daban los indios conversos a los sacerdotes cristianos”, palabra cuya traducción libre es “el repetable guardián de Dios” (Robelo, *loc. cit.*). Nada, pues, que haga pensar en un uso peyorativo, despectivo, del sufijo *-tzin* en su castellanización *-che*.

3. Extraigamos algunas consideraciones —ya que no conclusiones—, quizá pertinentes para nuestro propósito, de las listas de palabras hasta aquí reunidas.

3.1. Insinuaba ya una al final del § 2.5. Y era la presencia de *-ch-* en todas las terminaciones o sufijos considerados, como único elemento a todos común. Tanto la vocal tónica cuanto la

⁴¹ Excepción —aunque históricamente muy importante— es la del último rey azteca, *Cuau-temoc-tzin*, cuya castellanización dio como resultado, según es bien sabido, *Guatemocín* (y no *Guatemoche*).

⁴² Tomo toda esta información del *Diccionario de aztequismos* de ROBELO, a cuyas páginas remito con los números puestos entre paréntesis.

⁴³ CECILIO ROBELO dedica la “lección XCV” de su *Diccionario* (pp. 294-295) al sufijo *tzin* o *tzintli*, y se refiere en ella al carácter “reverencial” o —en nomenclatura moderna— “estimativo” de ese sufijo, “porque no sólo expresa reverencia o veneración, sino lástima, ternura, amor, cortesía y respeto”, y recuerda lo explicado por el P. MOLINA (cf. nota 12 de este trabajo), así como lo dicho por RÉMI SIMEON, quien —inspirándose simplemente en Molina— constata que el sufijo “denota respeto, afecto, gracia, gentileza y compasión”.

⁴⁴ “Por sus efectos narcóticos los indios estimaban esta planta *hasta la reverencia* [las cursivas son mías], y por esto agregaban a su nombre [*toloa*] la partícula *tzin*” (ROBELO, *loc. cit.*).

final pueden variar, y la *-n-* puede aparecer o no: compárense, entre otros, *jolinche*, *joronche*, *colincho* y *coliche*⁴⁵. Pienso que no resultaría demasiado arriesgado suponer que la *-ch-* pueda tener, en la terminación de ciertas palabras, una fuerza (*vis litterarum*) o resonancia claramente despectiva.

3.2. Ciertamente es que *-iche* no es sufijo de raigambre castiza en la lengua española; no existe en ella como tal⁴⁶. No he hallado tampoco formaciones dialectales en la Península Ibérica en que él intervenga⁴⁷. Ello inclinaría a buscarle un origen americano; pero ¿indo-americano necesariamente?

3.3. La presencia de palabras terminadas en *-i(n)che* en otros países hispanohablantes (cf. §§ 2.2 y 2.2.1.) libres de toda posible influencia nahua —palabras en que el contenido despectivo es evidente— no abona precisamente la idea de un origen azteca para esa terminación.

3.4. Dije líneas antes (cf. § 2.1.1.) que acaso las formaciones mexicanas en *-iche*, *-inche* que me han servido como punto de partida no debieran ponerse en relación directa con el nombre *Malinche*, tanto por razones morfológicas, cuanto semánticas y etimológicas. Se me ocurre pensar, en cambio, que sí podría establecerse una relación directa con *pinche*, voz de uso muy frecuente en México⁴⁸, de sentido intensamente despectivo y de

⁴⁵ En lo que respecta a la vocal tónica, piénsese que la palabra *lambiche* presenta también las formas *lambiache* (o *lambiachi*), *lambioche* y *lambuche* (además de *lambriche*).

⁴⁶ JOSÉ ALEMANY (“De la derivación y composición de las palabras en la lengua castellana”, *BRAE*, 4/6, 1917-19) no recoge ningún sufijo *-iche* ni *-inche*; sólo registra *-icho*, *-icha*, pero precisa: “No conozco palabra castellana en que estas terminaciones sean sufijo, pues las pocas que así terminan, o son latinas, como *bicho*, *bicha*, *bricho*, *dicho*, *dicha* y *salchicha*... o las hemos tomado del francés, como *ficha* y *nicho*... o del italiano, como *capricho*” (5, 1918, p. 191).

⁴⁷ Lo he buscado inútilmente en los estudios de MENÉNDEZ PIDAL sobre *El dialecto leonés*, de MANUEL ALVAR sobre *El dialecto aragonés*, de JESÚS NEIRA, de LORENZO RODRÍGUEZ CASTELLANOS, de MANUEL MENÉNDEZ GARCÍA, de ÁNGEL FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, de JESÚS ÁLVAREZ y de CARMEN DÍAZ CASTAÑÓN sobre diversas hablas asturianas, así como en otros trabajos dialectológicos de diversas regiones españolas, hasta llegar a las Islas Canarias. Tampoco lo encuentro en el pormenorizado estudio de TOMÁS BUESA OLIVER sobre la “Sufijación afectiva en ayerbenense”, ni creo que, aun disponiendo de más tiempo, pudiera hallarlo en ningún dialecto del español europeo.

⁴⁸ Especialmente en el habla popular o, más bien, vulgar de ciertas clases sociales, donde *pinche* llega a convertirse en verdadero bordón, de uso constante para desvalorizar cualquier cosa: “un *pinche* gato, un *pinche* taco,

terminación coincidente con las palabras aquí consideradas. Y que a ella habría que añadir las otras, usuales también en México, terminadas en *-i(n)che* y de claras connotaciones peyorativas, como *cubiche*, *fifireche*, *tiliche*, etcétera.

3.5. No creo debido pasar por alto el hecho de que las formaciones mexicanas terminadas en *-i(n)che* del grupo clave se construyan todas —salvo la excepcional *Malinche*— sobre bases léxicas hispánicas; en cambio las formadas a partir de lexemas nahuas (cf. § 2.6) terminan todas (salvo *totatiche* y quizá alguna otra) en *-ache* (o *-achi*), *-oche*, *-enche*, *-anche*, *-onchi*... es decir, en *-che* como continuación de la vocal temática de cada palabra, pero no en *-i(n)che*. Esto me recuerda lo que sucede en el caso del sufijo *-eco*, también desvalorativo, al que Max Leopold Wagner —apropiándose de una idea de Rufino José Cuervo— había otorgado ascendencia nahua en formaciones híbridas del tipo *patuleco*, *cacareco*, *bireco*, *tembleque*, etc., tesis cuya falsedad creo haber demostrado en otro lugar⁴⁹: el sufijo *-eco* tiene origen nahua indudable en la formación de gentilicios como *yucateco*, *guatemalteco*, *chiapaneco*, *autleco*, etc. (de igual manera que *azteca*, *tlaxcalteca* o *tolteca*, a partir de *Aztlan*, *Tlaxcala* y *Tollan*), pero no en la formación de adjetivos desvalorativos —construidos a partir de bases léxicas hispánicas—, como los citados o como *chepeco*, *tontuneco*, *zonzoneco*, etc., en los cuales el sufijo es de procedencia hispánica. El morfema nahua *-tic* que Wagner suponía generador del hispanoamericano *-eco* había evolucionado siempre, normalmente, a *-te* (*ayotzótic* > *ayosote*, *molótic* > *molote*) y, además, no tenía sentido peyorativo, cosa que sí posee el sufijo hispánico *-eco* (*maleco* ‘enfermizo’, *patarieco* ‘necio, tonto, insulso’).

3.6. El hecho de que el sufijo nahua *-tzin* no tenga en la lengua de los aztecas valor despectivo —sino todo lo contrario: reverencial o afectivo—, así como la circunstancia de que en las voces de dicho idioma incrustadas en el español de México tampoco posea sentidos peyorativos —según hemos visto en el § 2.6—, sino que, por el contrario, en muchas de ellas haya mantenido sus connotaciones positivas o encomiásticas originarias, tampoco abonan la idea de que sea ese sufijo *-tzin* el que esté en la base

una *pinche* chamba (trabajo), un *pinche* camión, mil *pinches* pesos, una *pinche* cerveza, un *pinche* cuate...”

⁴⁹ “Sobre el origen del sufijo *-eco* como designador de defectos”, en *Sprache und Geschichte: Festschrift für Harri Meier*, München, 1971, pp. 305-312, y también en mi libro citado en la nota 1, pp. 168-176.

de la terminación hispanomexicana despectiva *-i(n)che*. Aunque no haya que olvidar que, algunas veces, los extremos se tocan, y puedan producirse cambios semánticos que impliquen contradicción (como *plicare* > *llegar*, originalmente ‘partir, salir’ y después, a través de ‘dirigirse, conducir’, precisamente lo contrario, ‘llegar’). Pero esto no es lo común, ni mucho menos.

3.7. Mas claro está que no puede pasarse por alto el hecho de que sea en el español de México donde se hayan originado —y se usen con relativa frecuencia— esas formaciones integradas por un lexema español y la terminación *-i(n)che* recogidas en el § 2.1. Se trata, pues, en mi opinión, de un indudable *mexicanismo*⁵⁰.

Pero es obvio que no existe sinonimia entre los términos *mexicanismo* y *nahuatlismo*, el primero de los cuales abarca al segundo, de igual manera que abarca también al de “*hispanismo* mexicano”. El procedimiento derivativo “lexema hispánico + *-i(n)che*” me parece —repito— un *mexicanismo* indudable. Falta sólo decidir si su segundo elemento es un verdadero sufijo nahua⁵¹ o una terminación caprichosa de generación hispánica, como supone Santamaría⁵².

3.8. Creación castellana, en opinión del ilustre lexicógrafo. Es decir, fruto de la *creatividad*, del vigor, de la vitalidad del habla mexicana. No es posible relegar —sino que, por el contrario, hay que destacar y anteponer, cuando de cambios lingüísticos se habla— la posibilidad de creación, de innovación, de enriqueci-

⁵⁰ El hecho de que exista alguna formación similar de diferente origen —como podría ser *cubiche*, por ejemplo— no negaría el carácter de *mexicanismo* a las formaciones de que hablamos, por cuanto que —como he dicho en otros lugares— lo que caracteriza a las hablas dialectales no es, muchas veces, la posesión en exclusiva de tales o cuales fenómenos lingüísticos, sino la elevada proporción de su empleo. Así, en el español de diversas regiones mexicanas pueden hallarse casos de fricativización de la africada palatal sorda *ch* / $\frac{tʃ}{\frac{3}{2}}$ /, pero en muy baja proporción, en tanto que en las hablas del noroeste del país la realización fricativa [ʃ] —en casos como [léʃe], [nóʃe], [óʃo]— es tan frecuente, que se convierte ya en la norma de tales dialectos, según puede verse en el primer volumen del *Atlas lingüístico de México*, publicado a comienzos de 1991 por El Colegio de México.

⁵¹ O de la lengua coca, según pretendía DÁVILA GARIBI, a mi entender equivocadamente, dado que el coca jamás tuvo el peso del náhuatl en el país.

⁵² En su *Diccionario*, s.v. *trapiche*, refiriéndose a la aserción de Dávila Garibi sobre el origen *coca* de la terminación *-chi*, se pregunta —retóricamente (?)— SANTAMARÍA: “¿No será la terminación *chi* simple alteración popular de *che*, *castellano*?” (el énfasis es mío). Como sucede, efectivamente, en muchas hablas mexicanas en casos como *nochi*, *lechi*, *cochi*, etc. (cierre de *-e* final de palabra precedida de palatal *ch*-).

miento, por sí mismo, del español americano en general y del mexicano en particular. Recuerdo, a este respecto, las acertadas palabras de Jorge Suárez, indigenista de amplios vuelos: "En esta forma, aprisionado entre sustratos indígenas y adstratos inmigratorios, arcaísmos y vulgarismos españoles, el español de América resultaría ser un sistema sin evolución interna"⁵³.

3.9. ¿Creación castellana, pues? Posiblemente. Pero ello no impide suponer una influencia *indirecta* del náhuatl en la formación del sufijo hispanomexicano *-i(n)che*. Influencia indirecta en la génesis y desarrollo del proceso, esto es, interferencia no como germen o semilla, sino como fomento o abono del mismo. El elevado número de voces nahuas terminadas en *-che* en su versión castellanizada pudo favorecer la formación del sufijo *-i(n)che*. La pérdida del valor reverencial o afectivo del sufijo nahua *-tzin* sería consecuencia de la fuerza semántica desvalorativa del fonema *ch* (*vis litterarum*) en español⁵⁴, especialmente en casos como el del sufijo *-ucho*, *-ucha* (medicucho, tenducha: cf. § 2.5). Nos hallaríamos, así, ante un ejemplo de mestizaje lingüístico, morfológico-semántico.

Reconozco no haber alcanzado una solución definitiva al problema. Advertía al comienzo de estas líneas que no era ése mi propósito. Dejo, pues, la decisión final al análisis detenido y el mejor juicio de Antonio Alatorre.

JUAN M. LOPE BLANCH

Universidad Nacional Autónoma de México
El Colegio de México

⁵³ Cf. su magnífica reseña "Indigenismos e hispanismos, vistos desde la Argentina", *RPh*, 20 (1960), p. 90.

⁵⁴ Aunque pueda también —coincidencia de extremos— tener funciones afectivas, en casos de remedo del habla infantil o familiar: *pechocho* (precioso), *cochita* linda (cosita), *amochito* (amorcito), *ehí* (sí), etc., y en la formación de hipocorísticos: *Lucha*, *Meche*, *Chuchito* (Jesúsito), *Nacho* (Ignacio), etc. Cf. PETER BOYD-BOWMAN, "Cómo obra la fonética infantil en la formación de los hipocorísticos", *NRFH*, 9 (1955), 337-366.